

Mayte Uceda

EL MAESTRO DE AZÚCAR



Mayte Uceda

El maestro de azúcar



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Mayte Uceda, 2024

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Miriam Bauer

Primera edición en Colección Booket: febrero de 2025

Depósito legal: B. 236-2025

ISBN: 978-84-08-29855-7

Impresión y encuadernación: CPI Blackprint

Impreso en España

CAPÍTULO 1

Colombres. Norte de España, abril de 1894

Estimado padre Galo:

Necesitamos una esposa para nuestro maestro de azúcar. Le ruego que, cuando la encuentre, nos haga llegar un retrato suyo. Yo le abonaré los gastos cuando viaje a la villa, lo que, si Dios quiere, será a final de año. Tenga en cuenta los rigores del clima tropical en su elección, busque una joven sana, que no luzca el cabello apagado, las uñas quebradizas o los dientes picados. Sobre todo esto último, pues se sabe que por la podredumbre de la boca entran los males al cuerpo.

Aprovecho para informarle de que el oficio de maestro azucarero es vital para conseguir el grano más extraordinario. Calculan su grado de pureza usando los sentidos: oliendo, palpando y escuchando. Toda una suerte de rituales que los hace indispensables y únicos. ¿No le parece increíble?

La casa de Víctor Grimani, así se llama nuestro artesano, es una de las mejores de la hacienda, con un hermoso jardín y varios domésticos a su disposición, de modo que confío en que encuentre una joven a la altura de las circunstancias.

Sin más, quedo a la espera de noticias suyas.

FRISIA NORIEGA

Dos Hermanos, marzo de 1894

El mundo pesaba en exceso sobre la voluntad del padre Galo a la hora de la siesta. Con el estómago lleno y derrumbado sobre la mesa junto a una copa de vino, se despertó de forma apacible tras veinte minutos de indolencia espiritual. Lo primero que vieron sus ojos soñolientos fue la carta de Frisia Noriega que aún sujetaba en la mano.

«Dios me ayude», rogó, luchando contra la desgana de esas primeras horas de la tarde, temeroso de caer en la pereza continua, que era la fuente de todos los vicios y pecados.

Dejó la carta sobre la mesa, se puso en pie y se estiró torpemente para sentir de nuevo los huesos y humores en su sitio. Luego se acercó a la alacena para servirse una copita de licor, que era infalible para preservar el calor natural del cuerpo y defenderlo de corrupciones internas.

Con la copa en la mano reflexionó sobre las haciendas de azúcar en Cuba, grandes centrales que habían enriquecido a muchos hijos del país en las últimas décadas. Uno de ellos era don Pedro Villar, esposo de Frisia Noriega y patrón de la hacienda Dos Hermanos en la lejana isla de Cuba, provincia española de ultramar.

En una nación arruinada por guerras, sistemas de cultivo atrasados y sobrecarga demográfica, la única forma de prosperar era acogerse a las políticas que fomentaban la emigración ultramarina. De las plazas de España se iban muchachos pubescentes, solos y angustiados. Lo hacían a edades tempranas para eludir el servicio militar obligatorio, que se apoderaba de la vida de los jóvenes durante más de una década. El padre Galo los confesaba y bendecía en la misma plaza, junto a la diligencia que habría de llevarlos a la estación de ferrocarril o al puerto de embarque más cercano. Cargaban con una maleta destartada, un hatillo al hombro y el pecho roto de pena. Años más tarde, cuando los muchachos se convertían en hombres y deseaban

formar una familia, solían recurrir a sus pueblos para solicitar una esposa.

Y en esas andaba de nuevo el cura, aunque cada vez le suponía mayor esfuerzo encontrar muchachas dispuestas a casarse con desconocidos.

Pensó en Mar Altamira, la hija del médico de Colombres, que era culta y poseía cierto grado de elegancia. Soltera, pese a que rondaba los treinta años. El doctor Justino Altamira le había dicho en una ocasión que, de haber nacido hombre, Mar habría sido un buen galeno. Se pasaba el tiempo con él aplicando lavativas —Dios bendito—, tomando muestras de esputos, curando heridas infectas, recolocando huesos y aliviando cólicos. En el pueblo se decía que, en una ocasión, le había pedido a un joven de la capital, fino como un dandi francés, que le enseñara la lengua para averiguar sus padecimientos.

El cura suspiró. Dejando a un lado todo eso, que no obraba a su favor, la señorita Mar era alta, delgada y contenida en sus maneras. A las habladurías que la tildaban de masculina les hacía caso omiso, porque en los pueblos había fábulas de esa índole para todo el mundo, y si carecía de la dulzura femenina tan apreciada por los hombres, tal vez necesitara los dones de un maestro de azúcar para añadirle dulzor.

Don Galo rio su propia broma, pero se dijo que al día siguiente iría a casa del doctor con la propuesta.

CAPÍTULO 2

La casa del doctor Altamira era un edificio de piedra modesto con molduras en los balcones y galerías de madera. El padre Galo se preciaba de conocer bien al doctor, quien, muy a pesar suyo, era liberal, ateo y progresista. Su esposa, doña Ana Martínez, era la *médica* de Colombres por derecho conyugal. A ella le gustaba cultivar plantas medicinales en el jardín de su casa que luego regalaba a los pacientes que no podían sufragarse lo que costaba un jarabe en la botica. A Justino le disgustaba que su esposa hiciera eso, pues no eran pocos los que evitaban acudir a su consulta y preferían solicitarle a ella unas hierbitas que aliviaran sus males sin quebrantar sus bolsillos. Pero lo toleraba porque amaba a Ana sobre todas las cosas.

Ella estaba orgullosa de cada uno de sus hijos. Los dos varones se habían entregado a la ciencia y ejercían en la ciudad de Gijón como especialistas en enfermedades crónicas y secretas. La única hija del matrimonio había crecido oyendo a sus padres parlamentar sobre la obra de Concepción Arenal o de Emilia Pardo Bazán y era diestra poniendo inyecciones. Eran felices a su manera, a pesar de que Ana conservaba en el corazón una herida que se negaba a cicatrizar, pues, aunque tenía tres hijos, había parido en cuatro ocasiones.

Frente a la verja de hierro que daba acceso al pequeño

jardín, el padre Galo recordó una vieja conversación que había mantenido con doña Ana: «Deje usted de leerle libros de la Pardo Bazán a la niña, que no le hacen ningún bien», le había dicho. Pero ella había replicado: «¿Sabe usted que hay mujeres viajeras que se internan en la selva y cenan con monos?». «¡Monos, Dios Santo!».

Por todo ello, el cura temía que su propuesta no fuera bien recibida. Así que, sin muchas esperanzas, suspiró, se ajustó la boina y llamó con la aldaba. Pronto le abrió Basi-lia, la criada.

—Buenos días nos dé Dios, Basi. ¿Están los señores?

—Buenos días, don Galo. El doctor está en casa del secretario municipal. Al parecer se le tronzó un hueso, pero no creo que tarde en volver. ¿Quiere pasar?

Él aceptó, y Basi lo invitó a sentarse en un banco que había en el dilatado recibidor, frente a la puerta que daba acceso a la consulta del doctor.

—¿Cómo estás, hija mía?

La mujer se encogió de hombros.

—Como siempre, padre.

—Cuando quieras puedes venir a confesarte, que ya sabes que los malos pensamientos, si no se atajan a tiempo, acaban enfermando al cuerpo.

—Qué malos pensamientos voy a tener yo, don Galo.

—El rencor, hija, el rencor, que es el pecado más difícil de sacarse del corazón.

—Después de tantos años, yo de eso ya no tengo.

—Me alegro por ti, eso es porque el Señor te ha iluminado sin que tú te dieras cuenta.

—Si usted lo dice...

El tono de la respuesta escamó al cura, que no añadió nada más.

—Voy a buscar a la señora.

El sacerdote la observó mientras se marchaba con su

característico paso mustio y se quedó pensando en lo que había sufrido esa pobre mujer desde que Diego Camblor, su esposo y el causante de todas sus desgracias, decidiera emigrar a la hacienda de don Pedro Villar en Cuba. Antes de irse, le prometió que pronto se reuniría con él, pero el tiempo fue transcurriendo y de Diego Camblor nada volvió a saberse en la villa. Muchos opinaron por entonces que se había ido porque ella no le había dado hijos y que no había podido soportarlo.

Dos años después de la partida de Diego, cuando Basi ya lo creía muerto, recibió una sorprendente carta de su puño y letra en la que le decía que no volvería al pueblo:

Me he unido a otra mujer. Y no es porque no te quiera. Yo te quiero, pero sabes que siempre deseé tener descendencia y tu vientre está seco y olvidado de la mano de Dios.

Desde ese día, Basi se vistió de luto riguroso y dijo a sus vecinos que su marido había muerto, aunque todos sabían que no era verdad.

Fue en ese momento cuando su salud comenzó a sufrir de todos los males catalogados hasta entonces por la ciencia. Abandonada, sin recursos para mantenerse y enferma, don Galo medió para que entrase a trabajar de criada en la casa del doctor Altamira. Así atajaba de un plumazo los problemas más acuciantes de la mujer: la salud y el dinero. El doctor Justino tuvo que tratar a su nueva criada de un sinfín de enfermedades espontáneas: mal de oído, mal de cabeza, mal de huesos, mal de hígado, flojera de ánimo, flojera de tripas, flojera muscular y diversas histerias. Y para todas esas dolencias había usado el doctor el mismo jarabe espirituoso; a una base de vino de Málaga le añadía dos onzas de opio, una onza de azafrán y una dracma de canela

y clavo. Con ese brebaje mantenía a raya las crisis de salud de su criada, convencido de que todos sus males tenían el mismo origen tropical: Diego Camblor.

«Me ha endilgado una criada calamitosa, padre —le había dicho por aquel entonces el doctor—. Que más parece que soy yo quien trabaja para ella en vez de lo contrario.»

Cuando llegó doña Ana, el religioso se puso en pie. Mientras se estaban saludando, entró en casa el doctor Justino con su maletín en la mano. Detrás de él venía Mar. Reunidos los cuatro en la biblioteca y sentados a una mesa redonda donde reposaban varios libros de medicina, el sacerdote les habló de la carta que había recibido de la hacienda Dos Hermanos.

—Y, como Mar aún está soltera..., he pensado en ella como primera opción. Al parecer, el maestro de azúcar es el cargo más importante de la hacienda, no es un trabajador más y goza de privilegios salariales y de inmuebles. Es, lo que se dice, un buen partido.

Doña Ana desvió la mirada hacia su hija. La encontró con el ceño fruncido y los ojos clavados en el lomo de un libro que recibía la luz directa de la mañana. El doctor Justino se mesó la barba, pensativo, y, como ninguno de los tres parecía reaccionar a la propuesta, el cura sacó la carta del bolsillo de su sotana y extrajo el retrato del maestro para ofrecérselo a Mar.

—No se moleste, don Galo —dijo ella rechazándolo con la mano—. No tengo intención de marcharme lejos de mi familia. Es completamente ridículo. Además, si me casara no podría ayudar a mi padre en la consulta. Y eso es lo que más feliz me hace.

—Hija —dijo el doctor—, tal vez debas meditarlo. ¿Qué pasará cuando yo me jubile?

—No lo sé, padre, pero puede que para entonces las mujeres ya podamos ir a la universidad.

—Dios te oiga —dijo doña Ana—. ¿No es absurdo que este país lleve seis siglos construyendo universidades para que asista a ellas solo la mitad de la población? ¿Y no es más inaudito aún que, en casos excepcionales, sea el mismo Consejo de Ministros quien decida si una mujer puede matricularse? ¿Qué familia puede enfrentarse a todo un Gobierno para instruir a sus hijas?

Mar le puso una mano en el brazo a su madre para que se calmara, sabedora de que ese asunto la alteraba tanto como a ella.

—De todas formas —añadió doña Ana más serena—, le agradecemos que se haya molestado en venir. Si le sirve de algo, le prometo que hablaremos de ello. Mar le dará una respuesta firme dentro de unos días, ¿le parece bien?

El padre Galo se puso de pie.

—Gracias, doña Ana, me quedo más tranquilo sabiendo que lo discutirán. Sinceramente, creo que es una buena oportunidad para su hija, de lo contrario, no habría venido.

—Y nosotros le agradecemos el interés.

Salieron de la biblioteca, se despidieron cordialmente y Basi acompañó al sacerdote hasta la puerta. Antes de irse, el cura se dirigió a ella.

—Acuérdate de lo que te dije del rencor, hija. En cuanto notes que te tiente, ven a verme.

El padre Galo no esperó la respuesta de la criada y se marchó a paso ligero, desilusionado y pensativo. La familia Altamira había prometido pensarlo, pero había visto en la mirada de Mar una determinación firme, y estaba claro que era ella quien tomaba sus propias decisiones.

No fue hasta el siguiente domingo, después de misa, cuando Mar se acercó a él para confirmarle lo que temía: rechazaba la proposición.

Comenzó entonces para el padre Galo una nueva búsqueda. Durante los días siguientes visitó los hogares más

notables con hijas casaderas, pero, o bien estaban comprometidas, o sus padres no veían con buenos ojos enviarlas tan lejos, a desposarlas con un hombre del que nada sabían. Descartadas las familias acomodadas, al sacerdote no le quedó más remedio que encaramarse a lomos de su mula Fermina y recorrer los caminos embarrados para visitar a los campesinos, con la bota de vino colgada en bandolera para paliar la sed y entrar en calor.

Encontró menos renuencia en estos a la hora de entregar a sus hijas, incluso algunos las expusieron como quesos rechonchos en el mercado, ensalzando sus virtudes y encubriendo sus defectos, pero ninguna de ellas logró convencerlo.

Fue durante la misa del siguiente domingo cuando el padre Galo se fijó en Tomás y Xona, unos campesinos humildes que vivían a las afueras de la villa y que tenían cuatro hijos. También cuidaban de una sobrina que había enviudado muy joven. Que fuera viuda podía ser un obstáculo, pero estaba tan desesperado que decidió ir a verlos de todos modos.